

IRIS



NUM. 143

BARCELONA, 1 FEBRERO 1902

25 CÉNTS.

Ayuntamiento de Madrid



LA MADRE NATURALEZA

Imaginad un hotel espléndido: blandas alfombras cubren su suelo; cuadros y espejos las paredes; brillantes arañas cuelgan de su techo.

Es un nido de plumas de faisán.

Dicen las gentes que el dueño de la casa se ocupa más de sus negocios y del manejo de sus riquezas que de las necesidades morales de su hogar.

Es un gorrión que deja una talega de trigo en el nido y que para traer otra se ausenta un año.

No sabe el pobre que el calor de su cariño es más útil en su casa que el de sus estufas.

Este hombre tiene un hijo que se llama Alfredo, tierno, delicado, angelical, encantador; nacido entre sedas y dormido sobre plumas.

La madre del niño, D.^a Virtudes, le cuida con esa especie de solicitud romántica que sienten las madres apasionadas de sus hijos. En el pequeñuelo se concentran todas sus ilusiones, sus esperanzas, su vida.

El viento que penetra por las rendijas de las ventanas le parece un enemigo que conspira contra la existencia de Alfredo; el duro suelo de las calles teme que lastime sus pies, el agua fría que paralice sus miembros, el sol ardiente que abraza su piel, y, para librarle de estos enemigos que le rodean incesantemente, la madre se desvela cerrando las ventanas, lavándole con agua templada, sacándole del hotel entre los almohadones del coche, é impidiendo que la Naturaleza maltrate con sus caricias rudas aquel cuerpecito infantil, delicado y tierno, que vive como una flor de estufa, rodeado de cristales y cubierto de persianas.

El niño tuvo celos del perrito encanijado y enclenque, goloso y blando, que dormía siempre en el regazo de su dueña ó, hecho un ovillo, junto á las brasas de la estufa.

—¡Qué se vaya!... ¡Qué se vaya!

Esto decía el niño lloroso, mirando al perro como á un rival, dirigiendo hacia él sus puñitos cerrados, que parecían de nieve.

La madre abrió la puerta, y de un puntapié arrojó á *Mamá*, que así se llamaba el perro, á la calle, exclamando.

—Me alegro de que se vaya este maldito perro tan enfermizo y pegajoso.

Alfredo sonrió con satisfacción; y sobre las faldas de su madre, acurrucado y tembloroso, ocupó triunfante el lugar de *Mamá*, mientras su madre le envolvía en un chal de cachemira.

Una tarde, al subir Alfredo á su coche, el hijo de la portera le dió un pelotazo en una pierna.

Alfredo lloró, la portera estuvo á punto de ser despedida.

D.^a Virtudes velaba junto al lecho de su hijo.

La mesa de noche estaba atestada de botellas y vasos: media botica había caído allí. Sobre un colchón de plumas dormía el niño, y una cubierta, de plumas también, le abrigaba y envolvía. Entre aquellos almohadones Alfredo ocultaba la insignificancia de su cuerpecito blanco y frío, dando señales

de que allí estaba, más que por el volúmen de sus miembros, por una tos breve, y seca que parecía brotar de entre las sábanas del lecho.

No se oía el más leve ruido, ni se veía penetrar un rayo de sol, ni se notaba un soplo de viento.

La madre acariciaba sin cesar el rostro flaco del niño enfermo, que parecía animado por una sola gota de sangre; le frotaba con los dedos las venitas azules de sus sienes, por las que no se advertía el movimiento del latido ni el calor de la vida, le besaba los ojos, medio entornados por la flojedad de los párpados y también la boca, descolorida y entreabierta, sin expresión ni calor, por la cual se escapaba, como un hilo de viento, el último suspiro.

La noche fué terrible. El niño tosía, tosía siempre: ni oía, ni hablaba, ni miraba: parecía un cadáver con estremecimiento de tos. El olor de las medicinas infundía en el aire de la alcoba y el silencio de aquella estancia solo era interrumpido por la tos del niño y por los sollozos de la madre.

A eso de las doce del día Alfreddito puso los ojos en blanco, retorció sus manos, apretó sus dientes, sus preciosos cabellos cayeron en desorden sobre su rostro pálido y con sus manecitas convulsas estrujaba las sábanas del lecho.

—¡Se muere! ¡Se muere!
—exclamó la madre con voz desgarradora.

D.^a Virtudes dirigió una mirada llena de odio y desprecio á las medicinas, que atestaban la mesita de noche, y, acercándose á una ventana, la abrió de par en par.

El sol penetró llenando de vida y de color aquella habitación, quebrando sus rayos en los cristales de las arañas, en las lámparas y en los espejos.

El niño cerró sus labios para recibir el último beso que la madre Naturaleza le daba, cuando era ya demasiado tarde.

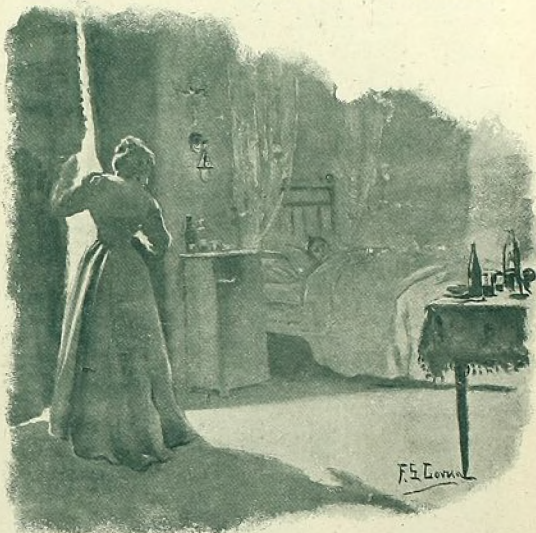
El hijo de la portera, tumbado en el jardín, recibiendo, á boca llena, todas las caricias del sol y de las flores, con sus manos duras y rollizas hacia castillos de arena, donde se empeñaba en encerrar unas lagartijas que había hecho prisioneras.

De pronto este rapaz alegre se echó á reír.

Mamá había penetrado en el huerto por una gatera. El animal no tenía su aire encogido y blando, corría por todas partes con la soltura del perro bohemio.

D.^a Virtudes lloraba la muerte de su niño mientras *el sol reía en los cristales*.

La madre Naturaleza es cruel con sus hijos ingratos y pródiga con los que la aman.



RAFAEL TORROMÉ

EXPOSICION DE IRRACIONALES

• Firman esta exposición,
con letra menuda y tosca,
una Pulga y una Mosca,
una Rata y un Ratón.

• Señores, que gobernáis
con poco ó con mucho acierto:
compadeceos de nosotras,
que somos del bello sexo,
á excepción del ratoncillo,
que secretario hemos hecho.
Según dicen los periódicos
(Mala peste caiga á ellos!)
decretar nuestra existencia
todos los señores médicos,
sin salvarse ni aun las *Ratas*
de ese maldito decreto.
Que las mujeres se afanan
en matar Pulgas, no es nuevo,
pues siempre las Pulgas fuimos
de las mujeres tormento.
Que pidan el exterminio
de moscas, los confiteros,
los fondistas, y los calvos,
y alguien más, lo comprendemos.
Que los dueños de las casas,
y que los almaceneros,
y otros tan interesados
en su finca, ó su comercio,
propongan que los roedores
se persigan en extremo,
lo comprendemos también.
Mas, inventar ahora eso
de que llevamos la peste
infiltrada en nuestro cuerpo,
cosa es que se le ocurre
solo á pérdidos Galenos.
Y si es verdad, que la Ley
se cumpla sin miramientos.
Perezcan todas las Ratas
que inundan los ministerios,
no ya royendo papeles,
sino guardando dinero.
Perezcan esos *Moscones*,
que en torno de los empleos,
no dejan vivir á nadie,
tan solo por vivir ellos.
Perezcan todas las *Pulgas*,
de tamaño gigantesco,
que chuparian la sangre
de este desgraciado pueblo,
si anémico no estuviese
á causa de los impuestos.
Esos bichos inhumanos,
(que humanos jamás lo fueron)
constituyen la mayor
epidemia que tenemos.
Conque, señores ministros,
con relación á lo expuesto
caiga la Ley, como es
de justicia y de derecho;
pues es falta de equidad
que todos culpables siendo,
se salven los bichos grandes
y sucumban los pequeños.

Por la copia,
JOSÉ CARLOS BRUNA





A PECHUGA

Abelardo Carnerejo, de veintisiete años de edad, casado, natural de Fuente Ovejuna, oficial séptimo, cesante, de la Dirección General de Planes Marítimos, era un ser eminentemente pasivo, y lo hubiera sido aun sin pertenecer á las Clases de igual clase, en las que figuraba, aunque sin haber alguno que le correspondiese, y era además de pasivo y plusquam pasivo más paciente que un... pues que un alcornoque de aquellos que azotaba Sancho Panza.

Pronto acabó su rápida carrera la luna de miel de Abelardo y Teodosia, que así se llamaba la señora con quien se había unido en santo ó indisoluble lazo; coincidió el segundo mes de dicho meloso astro con la cesantía y Abelardo se encontró con que su Teodosia, la respetable mamá de ésta, doña Alejandra, y la fámula, le pedían dinero á todas horas sin tener el infeliz ni un céntimo que dadas, empeñados ya todos sus bienes muebles, consistentes en un reloj de níquel, un alfiler de corbata y un pensamiento de plata que había ganado en los Juegos Florales de Valcabra, por una oda á San Simeón Estilita, patrón del pueblo.

Aquella mudanza cambió tan completamente las relaciones domésticas como si en vez de quedar convertido Carnerejo en cesante se hubiese transformado en animal, y precisando más en el noble bruto que sirve de emblema al Evangelista San Marcos. A lo menos así lo decían los vecinos.

Tuviese ó no atributos de dicha bestia, como tal le trataban Teodosia y D.^a Alejandra. Siempre habían sido las dos señoras grandes aficionadas al toreo, y con dolor veíanse privadas de asistir ahora á las corridas, dado el tremendo *bajonazo* de los ingresos de la casa, reducidos únicamente á la pensión que cobraba D.^a Alejandra como viuda de un Intendente de Filipinas, pero resarcíanse de ello convirtiendo en redondel la casa, donde se hacían toda clase de suertes con el infeliz Abelardo.

Había tomado á su cargo la suegra el papel de *picadora* y Teodosia el de *banderillera*, reservándose á la criada el de *mona sabia* y allí eran de ver los puyazos que recibía, los rebiletes con que se le adornaba, los capotazos con que se le impedía revolverse y las espuelas de arena que echaba la criada en forma de tazas de tila cuando la víctima caía desfallecida de puro trasteada.

Y que D.^a Alejandra era una *Badila* y D.^a Teodosia una *Barquero*, no tenía duda. No se ha visto mayor habilidad para hacerle tomar varas al cornúpeto, ni destreza comparable á la manera con que le ponía los pases la dulce compañera de su vida.

—¡Es usted un busca-vidas!—le decía la suegra, arrimándose al cuitado.

—¡Un sinvergüenza!—coreaba Teodosia.

—¡Se nos come usted vivas!

—¡Y Dios sabe en que trotes andará! ¡Si es un perdido!

—Abusa usted de la debilidad de una viuda y de una infeliz criatura.

—¡Eres peor que todos los golfos juntos!

Llegó un día, sin embargo, en que pareció que aquellas émulas de las *Angelitas* y *Lolitas* le dejaban más tranquilo al ex-oficial de la clase de séptimos, lo cual coincidió con la vuelta á la Plaza, bajo la respetable protección y escolta de un Senador del Reino; honor que Carnerejo estimaba en todo lo que valía y proporcionaba.

Las dos señoras no parecían ahora pretender tener constantemente enbichquerado al marido cesante, antes bien le daban continua guerra por permanecer en casa tantas horas.

—Más le valiera, caballero, que en vez de estarse ahí bien repantigado en la mecedora,—decíale la suegra,—fuera usted á buscar un pedazo de pan para su familia.

—Pero ¿qué haces ahí, hombre? ¡Pareces una estantigua!—añadía Teodosia.—Vete, hombre; busca, corre, porfía... No vayas á creer que vengan aquí á buscarte por tu linda cara...

Abelardo entonces, cogía el sombrero y se marchaba, ya para asistir como oyente á la clase de Disciplina Eclesiástica, ya á darse una vuelta por la Casa de Fieras del Retiro, y no volvía á casa hasta la hora de comer, con un apetito formidable.

Las comidas eran ahora verdaderamente senatoriales, pero ninguna extrañeza se atrevía á manifestar por ello el pobre Carnerejo, que se contentaba con comer lo que le daban, callándose como un muerto.

De tales bienandanzas disfrutaba cuando hubo un día de encontrarse en la calle con un su antiguo compañero en la Dirección General de Planes Marítimos, el cual, sin encomendarse á Dios ni al diablo le espetó de buenas á primeras esta poco acostumbrada salutación:

—Carnerejo, te creía un hombre sin decoro, pero no un cínico tan desvergonzado como se ve que eres.

—¿Estás loco, Cabezuela? ¿A qué vienen esos insultos de los que me darás cuenta como cumple á una persona decente?

—¡Tú, persona decente! No me jaja osté retir, compare. ¡Un hombre que permite que su mujer se las

entienda con un senador y un dependiente de un bazar de ropas hechas!

—¡Mientes, miserable! ¡Eres un bellaco!

—Y tú un ser despreciable. Anda... Me estoy fal-



tando á mí mismo al dírgete la palabra... Ahí tienes mi tarjeta... pero no me mandes padrinos, porque se lo voy á contar todo, y no encontrarás quien se avenga á representarte.

Carnerejo, rojo de ira, cogió de la solapa á Cabezuela, pero éste, desprendiéndose, le volvió la espalda y prosiguió majestuosamente su camino.

Aquel día no esperó Abelardo la hora de comer para presentarse en casa, sino que se dirigió allá inmediatamente resuelto á armar la bronca del siglo antes que enviarle padrinos á su insolente ex-compañero.

Sin embargo, no pareció sino que al oír el retintín del timbre se le iban por todos los poros aquellas energías, y al abrirle Ambrosia, la criada, bajó como de costumbre la cabeza y se metió bonitamente en su cuarto sin chistar.

Oyó al cabo de un largo intervalo el ruido, otras veces agradable, anunciador de que estaba puesta la mesa, y se dirigió al comedor, conociendo por el ceño de la suegra que se cernía en el aire violenta tempestad.

Sirvióse la sopa, después el cocido y apareció luego un apetitoso pollo asado.

—Caballero,—exclamó D.^a Alejandra,—ya que se pasa usted la vida sin hacer absolutamente nada, sirva á lo menos para trinchar este animalito.

Carnerejo, ahogando un rugido de rabia, cogió el tenedor y el cuchillo, y atacando la pechuga se la puso maquinalmente en el plato, después de lo cual siguió haciendo trizas el volátil.

—Abelardo, ten presente que la pechuga es siempre para mamá,—le dijo en voz baja Teodosia.

El esposo, perdiendo la serenidad y temblando, exclamó entonces:

—Usted dispense, mamá... Involuntariamente he puesto la pechuga en este plato... Tome usted...
—Caballero, no he de comer yo las sobras que usted me deje,—contestó la suegra, hecha un basilisco, quitando el plato de la mesa y dejándolo sobre el aparador.

—Crea usted que siento...

—¡Usted qué ha de sentir! ¡Que los pollos no tengan diez pechugas en vez de una!... Si sería usted capaz de comerse un buey...

—¡Señora!...

—¡Si señor! ¡no un buey, una yunta!

—¡Mamá!... ¡Pero si puedes tomar perfectamente la pechuga!... Nadie la ha tocado.

—¡Que no quiero, digo! ¡Tragón! ¡Mal educado!

—¡Pero, mamá!

—¡Buey! ¡Camello! ¡Elefante! ¡León!

—¡Ea! ¡Se acabó ya la paciencia!—gritó Carnerejo.—¡Aquí no come nadie!

Y tirando de los manteles lanzó por los aires todo lo que había encima, con grandísimo estruendo de platos, vasos, copas, fuentes, botellas y saleros rotos, y lamentable revuelo de piernas y alones de pollo, panecillos y tenedores.

—¡Miserable!—aulló D.^a Alejandra.

—¡Cobarde! ¡Infame!—exclamó Teodosia, cuya falda había quedado completamente perdida por habérsele volcado encima una copa de vino de lo más tinto de Valdepeñas.

Desapareció Carnerejo, dando un gran portazo; fuéronse al salón las dos mujeres comentando nerviosamente la catástrofe, y Ambrosia, sola en el comedor, viendo sobre el aparador la pechuga intacta se la zampó bonitamente.

PEDRO NORIZ

(Dibujos de J. Molinas Frau)



DOS MUNDOS

Cuando alegre pajarillo de un arbol entre las ramas embellece con sus trinos la primavera mañana, y con su vuelo transpone la colina y la montaña, y errante va, caminando, hasta hallar fija morada, parece el mundo un edén de ventura y de esperanza; un delicioso jardín con sus flores y sus galas (fiel trasunto de otra vida,

más dulce que esta que pasa), que al cuerpo anima y sostiene en la arena ensangrentada. Pero cuando en el otoño el sol su fulgor apaga y el alegre pajarillo la primavera mañana no embellece con sus trinos ni hermosa con sus galas, y en vez de andar entre rosas tan solo entre espinas anda, abandonando estos campos llenos de luz y fragancia

por otros fríos y tristes, pero de más esperanza, para revelar allí á cuantos en paz descansan, lo que pasa en este mundo prisión de las pobres almas. Ay, entonces no se vive; las energías nos faltan; inerte el cuerpo sucumbe de la vida en la batalla, y el mundo de la materia pasa á ser mundo del alma.

RAFAEL F. Y ESTEVAN

Con el presente número recibirán los suscriptores y compradores de IRIS, el quinto cuaderno del album JOYAS DEL ARTE, que tan brillante éxito ha obtenido.



ADIOS DE MARIA ESTUARDO A ESCOCIA, cuadro de Gow

MANCHAS GRISES

Margarita, aquella criatura simpática y revoltosa, no tendría entonces más de catorce años. Ni envidiada ni envidiosa, era uno de esos ángeles que Dios envía á la tierra y que parecen más puros cuanto menor es su contacto con la humanidad. Por su soberana hermosura, pertenecía á la aristocracia más digna de la mujer; pero era pobre, y el hijo del pobre es la piedra negra del mundo.

En aquel hogar modesto aprendiase á no confundir al mendigo del arroyo con el indigente abnegado que lucha por la vida en las oscuridades del sotabanco: aquél vive á expensas de una industria llena de horribles decepciones; el que todo lo espera de su propio esfuerzo, el que con su trabajo perseverante alcanza el cotidiano mendrugo, tiene derecho al respeto de las personas honradas.

Margarita y su madre luchaban envueltas entre dos elementos á veces incompatibles en la vida social: la honradez y la miseria. Pero luchaban con fe y miraban valientemente al porvenir: la madre afanándose en sus mal retribuidas tareas de modista de familias pobres; Margarita aprendiendo en un taller de modas y prodigando á su madre todas las ternuras del afecto y todas las alegrías de la juventud.

Madre é hija formaban un grupo interesante y simpático. Aquella infeliz mujer, orgullosa de la hermosura de su hija, en la que acaso veía reproducidos rasgos de una belleza ultrajada por las injurias del tiempo, cuidaba de la educación de Margarita con la más tierna solicitud. Su admiración creciente, no exenta de orgullo, le hacía confiar demasiado en que la niña realizara con fortuna el ideal de toda mujer hermosa: un buen casamiento. De ahí su temor á dejar salir sola á Margarita, que ya empezaba á sentir los estímulos del halago y á soñar con esas inocentes coqueterías que constituyen en el sexo débil la ilusión de los primeros años.

La falta de medios no excluía en aquella casita las delicadezas del buen gusto. Descartando ciertas privaciones, que no lo son en realidad para los que no han saboreado los refinamientos de la burguesía triunfante, allí se respiraba un ambiente purificado con la savia del amor maternal é iluminado por el sol de la esperanza.

Margarita era feliz: le bastaban para serlo las ternuras y los mimos de su madre, su ventanita adornada con macetas de claveles dobles, violetas y pensamientos, aquella ventana de su limpia guardilla donde todas las mañanas salía á respirar el aire puro, aún impregnado del rocío de la noche; á recibir el beso ardiente del sol y á recrearse con los cantos de los pajarillos que revoloteaban en el alero de su tejado...



La crisálida se había transformado en mariposa: la niña alegre y juguetona que bajaba saltando las escaleras, era ya una gallarda moza que descollaba por su hermosura entre sus compañeras de taller.

No tardó Margarita en sufrir el asedio constante de uno de esos jóvenes donjuanesco, terror de las modistas callejeras.

Compadecí á mi pobre vecina cuando la vi un día en la calle acompañada de Pepito González, un calaverilla simpático y bien vestido, á quien conocí en mis tertulias de Fornos, donde gozaba de gran partido entre las mujerzuelas que acuden á última hora en busca de aventuras...

Asído concurrente á todos los antros de la bohemia y del vicio, no le cabían en la cabeza los prolegómenos del Derecho; pero canturreaba con gracejo los tangos de moda y adornaba su conversación con la fraseología pintoresca de la gente del bronce.

Pepito solía hablarme con frecuencia de los progresos que hacía en sus pretensiones con mi vecina. ¡Pobre criatura! Aquel malandrín elegante, con los atractivos de una conversación de esas que suenan á melodía en el oído de las mujeres; con elementos suficientes para estimular apetitos, vanidades y sentimientos hasta entonces dormidos, me parecía el gavián que afila con deleite sus garras cerca de la inocente paloma.

Margarita iba á realizar sus dorados sueños en unos amores peligrosos, casi imposibles. Los halagos de su madre y los piropos callejeros la habían hecho vanidosilla, inabordable á las pretensiones de un hombre de su clase. Se encontraba demasiado bonita para permitir que la pretendiese un oscuro menestral.

No era, pues, dudoso el éxito de Pepito.

.*

Circunstancias especiales me retuvieron tres años lejos de Madrid.

A mi regreso, apenas conservaba memoria de aquel idilio que empezaba y cuyo desenlace preveía.

Disuelta nuestra *peña* de Fornos, no había vuelto á ver al protagonista de mi relato. Al reanudar mis correrías de la juventud, fui una noche á un baile de máscaras. Entre aquel conjunto de caras conocidas, resultaba yo un extraño, atraído por una malsana curiosidad.

Allí encontré á Pepito. Su presencia me trajo á la memoria un mundo de recuerdos. Aquel tipejo reventante estaba de seguro en el secreto de una historia que me interesaba sin saber por qué... Ya frente á frente con el presunto seductor de Margarita, no fué preciso someterle á interrogatorio. González era lo bastante vanidosillo para no desperdiciar la ocasión de jactarse de una conquista difícil.

—¿Has visto á tu antigua vecina?—me preguntó con maliciosa sonrisa.

—Supongo que te referes á la costurera aquella tan guapa... ¿Acaso está aquí?...

—Sígueme y la verás...

Y seguí maquinalmente, abriéndome paso entre aquella apiñada y bulliciosa muchedumbre.

Al llegar frente al proscenio bajo de la derecha, Pepito se detuvo, y señalando á una joven que, con otras dos, hacía las delicias de unos cuantos *gentlemen* de la *peña*, me dijo:

—¡Ahí la tienes! Comprenderás que la modistilla del sotabanco ha mejorado bastante de posición...

—Lo que no me explico es la indiferencia con que tú ves á esa pobre muchacha en vergonzoso contubernio con esos gomosos insustanciales...

—Te lo explicaré.

La orquesta preludiaba los primeros compases de un vals cuando Pepito y yo salíamos del salón. Tomamos asiento en uno de los divanes del *foyer* y dejé hablar al afortunado seductor.

—La historia de estos amores,—decía,—es una historia vulgar... Lo de siempre, chico: una mujer bonita y vanidosa, que no se salva nunca cuando se la coloca en la pendiente resbaladiza. Con dinero y con un poco de constancia, se rinden fácilmente las fortalezas que parecen más inexpugnables. La chiquilla, orgullosa de su palmito, no tardó en señalarme inconscientemente el camino más corto para llegar al fin que me proponía... Estimulé su afición al lujo, ese lujo relativo de las muchachas pobres; y cuando vi que aceptaba mis regalillos sin grandes miramientos, comencé á tomar represalias y á tener ciertas exigencias. Hice promesas que, como comprenderás, no pensaba cumplir; estreché poco á poco las distancias y la infeliz cayó desde lo alto con una valentía inconcebible, sin repetir las palabras de Cristo. Su nombre vino á confundirse con el de las víctimas que han convertido mi corazón, como el del gran bardo inglés, en el país de las ruinas, por donde las fantasmas de las mujeres bur-



ladas vagan á todas horas... Después murió la madre de Margarita, y ésta fué recogida por unos parientes pobres. Pero la chiquilla era rebelde y no se resignaba á sufrir los tratos de aquella familia. Decidida á no aguantar la tutela de sus parientes, tuvo que atender á los gastos de su nueva existencia... Tomamos un pisito modesto. Pero yo me cansé pronto de aquella travesura y la abandoné resueltamente. Había adquirido Margarita ciertos hábitos de refinamiento y de molición, en aquella vida que se diluía en el ocio como una mancha gris sobre un fondo blanquecino, y no se avenía fácilmente á volver de nuevo á las amarguras del taller... Después la perdí de vista; más tarde supe, con la natural sorpresa, que se ha dado en París un baño de vida alegre y galante, acompañada de un mejicano rico... Hoy explota al marqués de Villarrubia, un viejo libidinoso, y es una de las vengadoras más temibles de Madrid...

Cuando Pepe González terminó su historia entramos de nuevo en el salón.

Entre un grupo de alegres máscaras estaba Margarita. Al vernos juntos, cambió de color y bajó la vista, avergonzada, sin duda, del inesperado encuentro. La temible vengadora conservaba un resto de aquel pudor que, en otros tiempos, constituía su mayor encanto.

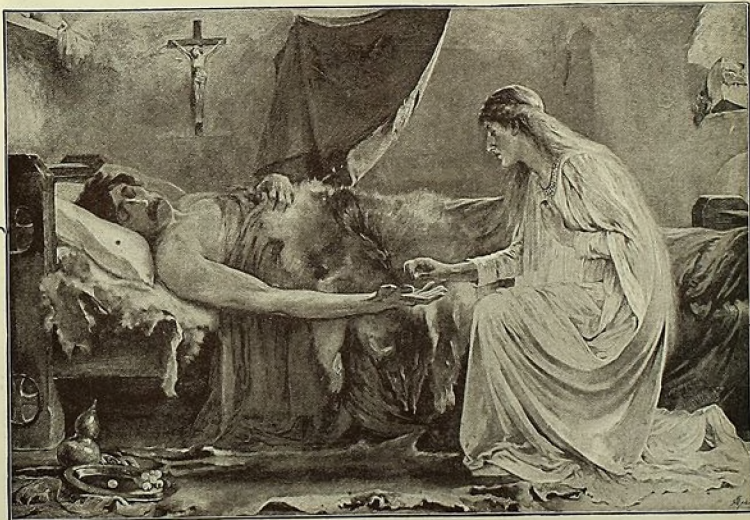
Indiferente, hastiado entre aquella multitud que continuaba rodando en vertiginoso torbellino, comencé á sentir los estragos del insomnio y salí del baile, dejando á Margarita á merced de la impetuosa corriente que la había sepultado bajo una oleada de podredumbre y de cieno...

.*

Decía el gran Rousseau que vale más ser la esposa de un carbonero que la favorita de un príncipe. Aquella criatura desenfrenada, invirtiendo la frase del moralista, prefiere ser amiga de un viejo aristócrata, antes que esposa de un carbonero...

La mancha ignominiosa y eterna del alma, antes que la mancha del cuerpo, fugitiva y superficial...

A. CHÁPULI NAVARRO



LANZAROTE Y ELENA, cuadro de S. Paget



INSTANTÁNEA

Son las seis de la mañana. Madrid duerme, el burgués entre acolchadas mantas y gruesos tapices, el pobre en el quicio de una puerta ó en la desmantelada y ruinosa guardilla... Todos reposan, la agitación febril de la gran ciudad ha cesado durante algunas horas; el hombre concede á su organismo una tregua, un agente reparador, el sueño, que devuelva las agotadas energías ante la mesa del bufete ó en el rudo trabajo de la fábrica.

Las calles permanecen silenciosas y oscuras; en el horizonte se señala una línea extensa y blanquecina, los objetos aparecen borrosos y sus perfiles se esfuman en la sombra que poco á poco la luz disipa, mientras que allá, en lontananza, recibiendo los rayos tibios de un sol de invierno, destácanse cubiertas de una blanca sábana de nieve las elevadas cumbres del Guadarrama.

La población obrera comienza á circular, los portales se abren, las plazuelas se animan, por todas partes se escucha el estrépito que producen las férreas persianas al elevarse, las voces sonoras de los vendedores, un rún rún de gente que circula, un soplo de actividad, de energías. Sí ¡la vida que vuelve...

Y entre tanto sobre el verde tapete y en apretado círculo el aristócrata entrega á la insaciable boca del vicio los últimos billetes... En los templos del placer cesa la bacanal, cesa la orgía; en los labios sensuales del libertino expira la última nota de impúdica canción; la carne del deseo amodorrada por el hastío dormita... Y en el hogar honrado el niño balbucea las palabras del Angel que su madre le enseña...

El sol brilla en el horizonte cubierto de celajes grises, Madrid, plétórico de vida, se lanza á la eterna lucha por la existencia, á buscar la solución de ese eterno problema.

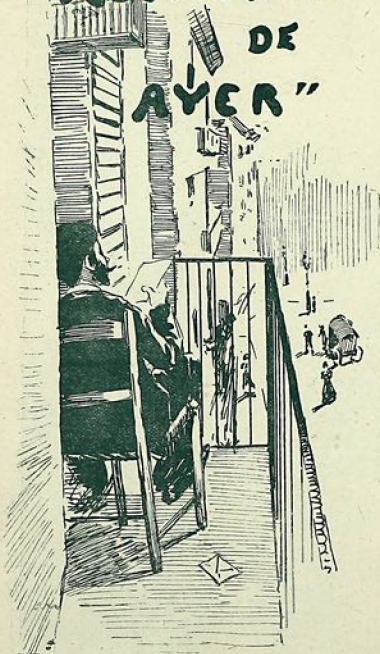
FERNANDO DE URQUIJO



¡MUY BUENOS DÍAS!

Ayuntamiento de Madrid

"RECUERDOS DE AYER"



Con estas reflexiones que al hacerlas me torturan el alma, no he podido concluir de leer tu carta; más voy á terminarla; quiero apurarla, quiero saciarme de todo su contenido, quiero en fin saber de una vez la desfachatez de tu conducta, más ¿qué sucede en mi ser? ¿qué es lo que veo? Sí, no me cabe duda, es ella, sí, se oculta, porque es infame... No, será que aun me ama, que desea redimirse con su vergüenza presente; no, no quiero verte, no me hagas vacilar corazón mío, olvida tus sufrimientos, quiero que te extingas antes mis ojos; no, la volveré á querer, será buena, me pedirá su perdón, sí, la perdonaré.

No se lo que pasó; una ráfaga de aire al arrancarme la carta de mis manos, me hizo considerar mi desilusión, pues al volver la cabeza había desaparecido ella, como la hoja de papel, que impulsada por furioso vendaval fué á caer en charco inmundo que no lejos había de donde yo estaba, haciéndome imposible la conclusión de su escrito, anatema fiel de su falsedad para conmigo.

¿Acaso fué esto providencial? No lo puedo explicar; aunque es fácil comprender, fuera á caer en el lodazal, lo que del cieno y del vicio procedía.

¿Quizá mi decisión sea causa de mi felicidad, quizá su recuerdo haya de ser estigma de ignominia eterna!

EDUARDO ESCARTIN

Reclinado una tarde sobre la barandilla de un balcón que da frente á la Plaza del Buen Suceso, leía una carta que me acababan de entregar. ¡Era de ella! de una mujer que me robaba el albedrío, emblema que me hacía recordar horas pasadas de amoroso éxtasis.

Hacia mucho tiempo me había olvidado por otro ser, que la hubiese sabido querer á haber tenido, como yo, un corazón ferviente adorador de su hermosura, un alma completamente exenta del ponzoñoso veneno del hipócrita.

«Tú, mujer que me abandonaste sin tener en cuenta mis pasados juramentos de amor, tú, que engendraste en mi alma un cariño que me avasallaba y consumía, no puedes menos que despreciarte y hacer patente tu execrable mezquindad con la afrenta que inferiste á este ser virgen de tus impurezas de amor, desgraciado mártir de mis sufrimientos por tu causa.

Dices que te arrepientes de tu pasado, que me amaste siempre, que me vuelves á amar, que solo eres mía. No, no puede ser, no quiero leerlo, si me estás fingiendo, si puedes aun traicionarme, si te vendistes á otro hombre por el brillo del lujo y la riqueza y ahora que te ves sola, abandonada, recurre otra vez á mí para que afrente tu deshonra, vete, no te quiero ver, guarda tu carta de baldón eterno, no me hagas dudar, pudiera tenerte compasión, y no la mereces; no me digas que eres mía si te ha poseído otro, dime que me odias; sí; eso quiero yo; sí; desprecio tu cariño; sí; eres virgen de falsedad, flor escondida entre abrojos; te quise con mi vida y lo mancillaste con el vaho del adulterio; te fuistes con él y manchaste mi reputación con tu huida, aniquilaste los latidos de mi corazón enamorado, egoísta de tu ingrato cariño; lleva con tu remordimiento el castigo de tu culpa, la aversión de tus semejantes, el insulto cruel de la sociedad que al criticarte te arroja de su seno enmoheciéndote en el vicio.»

PEPITORIA

BIBLIOTECA ROSA

Tal es el título de una nueva y elegantísima colección de tomos de 150 á 200 páginas, con preciosas cubiertas al cromo y cómodo tamaño, conteniendo las obras de los mejores novelistas de Europa, traducidas con immejorable esmero y siempre íntegras.

Van publicadas hasta ahora las siguientes obras:

La comediante, por P. de Molénès.
Drama de amor, por F. Soulié.
Las ánimas del purgatorio, por Próspero Merimee.
La justiciera de sí misma, por Carlos Barbará.
Pecados de la juventud, por V. Perceval.

Teresita, por Julio Ruiz Montero.
El Capitán Burle, por E. Zola.
Las sendas de Dios, por B. Biornson.

El monstruo, por Carlos Bodin.
Naida Micoulín, por E. Zola.
El sillón fatal, por Pedro Neski.
Un crimen infame, por E. Murger.
Noche trágica, por E. Daudet.
Un Drama sangriento (dos tomos), por Luis Jacoliot.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

••

¡Como me duelen los callos!
¡Que pinchazos! ¡ay de mí!
Pues, hombre el remedio es fácil:
Compre usted **LADIVONSIM**.

LA CUESTION DEL ALCOHOL

Según recientes estadísticas, los países latinos suministran más de las tres cuartas partes de la producción del vino, es decir, 124,000,000 de hectólitros en un total de 143,000,000. Francia, con Argelia y Túnez, está representada en esta cifra por 54,000,000 y España por 23,000,000 de hectólitros.

Un periodista formuló hace poco la siguiente pregunta, dirigida á las notabilidades médicas de París y de los departamentos:

«El vino natural, usado moderadamente, ¿beneficia ó perjudica á la salud, ó no ejerce en la misma influencia alguna?»

Cien médicos de los más versados en el arte de curar han con-

testado afirmando que el uso moderado del vino natural es beneficioso á la salud. Esto viene en apoyo del antiguo adagio latino: *Bonum vinum laetificat cor hominum*. Las contestaciones recibidas ascienden á 162.

EL BACILO DE LA EPILEPSIA

En la primera sesión celebrada el año actual, por la Academia de Ciencias de París, se ha dado cuenta de una interesante comunicación del doctor Bras.

M. Gautier leyó, en efecto, un trabajo del expresado médico, donde manifiesta que ha comprobado la existencia de un bacilo en la sangre de los epilépticos, afectando unas veces la forma de un *coccus* y otras la de un *diplocooccus*.

El doctor Maignan, cuya competencia en estas cuestiones es bien conocida, confirmó el descubrimiento de su colega M. Bras, añadiendo que dicho parásito desaparecía de

la economía de los epilépticos después de la crisis. El bacilo ha sido cultivado en líquidos alcalinos, habiéndose procedido á inocular estos cultivos en conejos de Indias en los cuales se apreciaron desde luego alteraciones de carácter epiléptico. En otra serie de experimentos se inyectó en conejos, sangre de enfermos de epilepsia, produciéndose entonces los accidentes de la enfermedad con mucha energía.

M. Gautier presenta en su comunicación la cuestión de si la presencia del parásito descubierto, es un fenómeno consecutivo de la epilepsia ó por el contrario, la causa efectiva de la enfermedad.

Se trata pues de un asunto interesante, cuyas consecuencias biológicas son de indiscutible importancia.

Las soluciones en el próximo número.

SOLUCION

a los pasatiempos del número anterior

Rueda mágica.—

La marcha que ha de seguirse es tomando siempre el tercer fragmento, empezando á contar desde el señalado con el asterisco (*), esto es, uno, dos, tres; uno, dos, y así sucesivamente hasta tomarlos todos que habrá dado el siguiente resultado:

A-UN QUEMA LI-CI-AC-BSCU-RE-ZO-
1 2 3 4 5 6 7
AVER-DAD-NO- LA PUEDE-APAGA-R
8 9 10 11 12 13 14

(Aunque malicia obscurezca verdad, no la puede apagar.)

Metótesis.—Dosis.

Charada.—Somos.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

F. de U.—Madrid.—Los versos á Sus ojos son muy lindos, irán, pero los otros se resienten de *bequerianitis* crónica.

C. L. M.—Granada.—Un soneto con ocho gerundios por consonante no pasa ni en San Fernando ni en Molledo.

F. J.—Toledo.—Pues ya lo creo si es publicable! ¡Y muchísimas gracias por el envío!

J. A. G.—Madrid.—El artículo está al pelo. C. S. O.—Barcelona.—Hay en esa alegoría en prosa mucho sentimiento, pero no creo que eso baste, pues me ha producido el efecto de carecer de interés para la generalidad.

L. H.—Madrid.—Ese programa lo he leído ya en alguna parte, y por lo tanto no va.

Juanito.—Está bien.



RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. * INSERTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL.

IMPRESIONADO TIPOGRÁFICO EDITORIAL «LA INÉSICA», PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA.

Ayuntamiento de Madrid

TURQUIA EUROPEA



GENERAL